



Seix Barral Biblioteca Breve

Gioconda Belli

El país de las mujeres



LA PRESIDENTA

Era una tarde ventosa y fresca de enero. El poderoso soplo de los vientos alisios alborotaba el paisaje con sus revoltijos. Por la ciudad la hojarasca hacía cabriolas, flotando de una acera a la otra y rozando las cunetas con un ruido de rastrillo en sol menor. La laguna frente al Palacio Presidencial de Faguas tenía el agua encrespada y el color de un oscuro café con leche. Olía a amarillo, a flores silvestres estropeadas, a cuerpos sudorosos apretujándose.

Sobre la tarima, la presidenta Viviana Sansón terminó de pronunciar su discurso y alzó los brazos triunfante. Le bastaba agitarlos para que la plaza entera prorrumpiera en renovados aplausos. Era el segundo año de su mandato y el primero en que se celebraba, por todo lo alto, el Día de la Igualdad En Todo Sentido que el gobierno del PIE mandó

incorporar a las efemérides más ilustres del país. A la Presidenta la emoción le enturbiaba los ojos. Toda esa gente, mirándola con exaltado fervor, era la razón de que ella estuviese allí sintiéndose la mujer más dichosa del mundo. La energía que le transmitían era tal que habría querido seguir hablando de los sueños locos con los que desafió los pronósticos de cuantos pensaron que ella jamás llegaría al poder, ni contemplaría como lo hacía en aquel momento el fruto de la audacia y del enorme esfuerzo puesto en el empeño por ella y sus compañeras del Partido de la Izquierda Erótica.

Miró a su alrededor. Se veían muchachas arriba de las terrazas de los edificios circundantes, muchachas encaramadas en los árboles del parque vecino y hasta sobre el techo de la glorieta al centro, hombres sentados sobre la escalinata del palacio presidencial. Alrededor de la tarima, las policías del cordón de seguridad se bamboleaban bajo la presión de la multitud. Pobres, pensó, mientras seguía trotando, moviendo los brazos en alto de un lado al otro, dando vueltas por el estrado circular. No habría querido policías, pero Eva insistía en cuidarla. Le preocupaba que ella hablara desde el centro de las plazas.

El sudor le corría por la espalda tras aquellas dos horas de moverse de un lado al otro. Nunca decía sus discursos detrás de los podios. Con su estilo de rockera en concierto —toda de negro y con botas— había roto la tradición de los políticos

machos de antaño, siempre protegidos tras mesas y parapetos. Ella no. Quería que la gente la percibiera cercana, accesible. Desde su toma de posesión como Presidenta de Faguas, y aun antes, en su campaña electoral, siempre habló desde el centro de las multitudes, con el micrófono en la mano. El círculo era un abrazo, había declarado, y la palabra mágica de su administración era C O N T A C T O; todos en contacto: tocarse, sentirse. El círculo era la igualdad, la participación, el vientre materno, femenino. El símbolo reiteraba su fe en el valor de percibir con el corazón y no solamente con la razón. Fue el giro que ella le imprimió a la política del país y el que le permitió envolverse en el calor de los otros, ese calor que la hacía sudar en el esplendoroso sol de aquel día que empezaba a apagarse.

Viviana continuó su recorrido por el redondo escenario. A sus cuarenta años tenía un físico envidiable: un sólido cuerpo moreno claro de nadadora, una mata de pelo oscura de rizos africanos hasta los hombros —herencia del padre mulato que nunca conoció— y el rostro delgado de su madre, de facciones finas pero con grandes ojos negros y una boca de labios anchos y sensuales. Aquel día, Viviana vestía una camiseta negra de escote profundo, por el que sobresalían los pechos abundantes cuya utilidad solo aceptó cuando se metió en política. Durante su adolescencia su tamaño la incomodó de tal manera que practicó el

nado como deporte cuando se fijó que todas las nadadoras eran planas como tablas de planchar. Ella, aunque brilló en sus proezas acuáticas y hasta llegó a ser campeona nacional de natación, apenas si logró hacer mella en el desarrollo desaforado de sus ya famosas tetas. Al final no le quedó más que abrazar sus generosas proporciones. Terminó pensando que debía celebrarlas y convertirlas en sinónimo del compromiso de darle a la población de aquel país los ríos de leche y miel que el mal manejo de los hombres le había escatimado. A veces se recriminaba su exhibicionismo, pero que funcionaba, funcionaba. No sería ni la primera ni la última mujer que descubría el hipnótico efecto de un físico voluptuoso.

Tras completar corriendo otras tres vueltas al redondel deteniéndose de tanto en tanto para alzar los brazos en señal de victoria, Viviana decidió que ya era suficiente. La sensación de triunfo era embriagadora, pero estaba cansada y no quería exagerar. Suficiente egolatría, pensó. Era peligroso, a su juicio, alimentar demasiado la adoración de la gente. Desde el principio, Martina, Eva, Rebeca e Ifigenia insistieron en que cabalgara sobre el influjo magnético que ejercía sobre las multitudes. Ella asumía una y otra vez el reto; llevaba a las masas al paroxismo del entusiasmo pero, después, sentía la compulsión maternal de tranquilizarlas y tenía que contener el deseo de cantarles canciones de cuna o de contarles cuentos como hacía con su hija

luego de una buena sesión de alboroto, de correr por la casa gritando, haciéndose cosquillas, revolcándose. A Celeste, cuando era pequeña, siempre podía calmarla hasta dejarla soñolienta, lista para lavarse los dientes y ponerse el pijama. Con las multitudes no podía usar el mismo método, pero intentaba otras modalidades: cambiaba de ritmo, se relajaba, entraba en un andar quieto, agitando suavemente los brazos, caminando despacio, cada vez más despacio alrededor del círculo. Hizo señas a sus compañeras del PIE, las que iniciaran con ella la idea de aquel partido, para que subieran al estrado y caminaran todas juntas, tomadas de la mano como el elenco de una obra de teatro que termina. Le gustaba que se sintieran queridas, que disfrutaran un triunfo que igualmente les pertenecía. Eva Salvatierra, Martina Meléndez, Rebeca de los Ríos e Ifigenia Porta también eran mujeres atractivas y vibrantes. Eva era pelirroja, menuda, con pecas en las mejillas y una voz gangosa, ligeramente adolescente que contrastaba con su mortífera eficiencia. Martina era rubia castaña, más voluptuosa que flaca, pelo liso. Había nacido con el don de un irreverente sentido del humor. Sus ojos pequeños y oscuros ponían en duda casi todo por principio. Rebeca de los Ríos, alta, morena, esbelta como un junco, como habría dicho doña Corín Tellado, era de una belleza oscura y misteriosa y tenía el porte más elegante y refinado de todas. Ifigenia, la Ifi, era delgada, de cara larga y nariz pro-

nunciada; todas la querían porque se parecía a la Virginia Woolf.

Los aplausos subieron momentáneamente de tono, pero fueron disminuyendo en la medida en que Viviana empezó a hablar lentamente: Ahora nos iremos todos a casa, dijo en el micrófono suavemente, casi susurrando las palabras, sonriendo, repitiendo gracias, gracias, como un mantra, un conjuro que a ella misma le permitiera aceptar el asombro gozoso de que tantos hubiesen depositado su confianza en ella y su gobierno.

A este punto, usualmente, el ánimo del público empezaba a decrecer, salía de pechos, gargantas y bocas, como un espíritu exhausto, a disolverse en un aire de final de fiesta. Ella solía observar fascinada el proceso: la energía acumulada esfumándose de los cuerpos como un flujo de agua derramada perdiéndose por las esquinas, mientras la compacta multitud se abría como una mano extendida despidiéndose.

Aquel día, sin embargo, aún reservaba una sorpresa: fuegos artificiales donados por la Embajadora de China. La primera detonación se escuchó a lo lejos. La multitud detuvo su éxodo. Un paraguas de luces rosa encendido descendió desde el cielo sobre la plaza. Lo sucedieron cascadas de iluminados pétalos blancos, arañas verdes, copos de azul y tentáculos amarillos. Todos los rostros se alzaron para mirar el deslumbramiento mientras de las gar-

gantas brotaban las exclamaciones. Viviana sonrió. Amaba los fuegos artificiales. Eva, que era Ministra de Seguridad y Defensa, había dispuesto que ella y las demás bajaran del estrado y se retiraran a mirar las luces desde un sitio más seguro, pero Viviana no se movió, cautivada por la luz y por el efecto del cielo encendido sobre los rostros de aquella multitud súbitamente transportada a los portentos de la infancia. Ajena ya a su rol de protagonista, normalizado el flujo de adrenalina de su actuación pública, pudo, en ese instante de reposo, reparar en un hombre con la cabeza cubierta por una gorra azul de camionero que se abría paso entre la multitud. Lo vio acercarse y alzar los brazos a poca distancia como para sacarse una sudadera por la cabeza. Muy tarde reconoció su intención. No oyó el disparo pero un calor viscoso la golpeó fuertemente en el pecho y la frente y la hizo perder el equilibrio. Cayó hacia atrás sin remedio, desplomándose cuan larga era. Aún alcanzó a oír el griterío que irrumpió a su alrededor. Vio un hombre flaco, también de gorra, con cara de buen samaritano inclinarse sobre ella. Quebrándose en el caleidoscopio del líquido tornasol en el que lentamente sintió hundirse, vio los rostros de Eva, Martina y Rebeca como reflejos asomados a un estanque. Cuando oyó el aullar plañidero de las ambulancias, ya sus pensamientos, como si alguien hubiese abierto una trampa, corrían a desaguar en un total silencio.

(Materiales históricos)

Transcripción íntegra del relato de José de la Aritmética

Eva Salvatierra: Diga su nombre y sus generales, por favor.

J. A.: José de la Aritmética Sánchez, tengo cincuenta años, soy casado, vivo en el reparto Volga... ¿Está bien o le digo más?

E. S.: Está bien. Don José, quiero que me diga, por favor, lo que pasó en la plaza. ¿Dónde estaba usted cuando los disparos? ¿Qué vio?

J. A.: Pues mire, si quiere que le diga mi opinión sobre quién disparó tiene que oírme todo el cuento desde el principio, porque yo creo que las cosas no pasan de un día para el otro, y yo le voy a contar mi impresión desde el mismísimo día que la presidenta Viviana tomó posesión porque yo estaba allí, ¿oyó? Yo no me pierdo de mítines, marchas o manifestaciones. Vivo pendiente de la política y de cualquier otro molote. Son para mí lo que la Navidad para los comerciantes. A cualquier asoleado le gusta comerse un raspado y los míos son de primera.

»Yo nunca me hubiera imaginado que ustedes, las mujeres, iban a mandarnos. Hasta me reí al comienzo de la campaña electoral, se lo admito, cuando aparecieron presentando su partido con la bandera del picito. Cierto que llevaban a un personaje como Viviana Sansón de candidata, pero a mí eso no me parecía suficiente. Si dicen que el hábito no hace al monje, yo diría que un

programa de televisión tampoco. No le niego que todas ustedes me parecieron muy inteligentes. Cuando hablaban de que ya estaban hartas de que nosotros los hombres siguiéramos desbaratando el país, de los robos al Estado y desmanes, claro que yo entendía a qué se referían, aunque no fuera mujer. Y para qué negarlo: me gustó esa idea de que iban a ser las madres de todos los necesitados, de que limpiarían el país como si se tratara de una casa mal cuidada, que lo iban a barrer y a pasarle lampazo hasta sacarle brillo. Usted hubiera visto a mi mujer y mis hijas fascinadas cuando oían esas cosas. Lo del erotismo pues sí me pareció extraño porque para mí eróticos son los calendarios que regalan en Navidad en las ferreterías con las mujeres hermosotas en paños menores. Que hablaran de eso pues no me parecía serio, no me parecía que calzaba en los discursos de lo que se necesita para gobernar una nación, aunque debo aclararle que yo no comulgo con esos que las andan criticando porque dicen que ustedes aceptan que cada quien es libre para hacer el sexo con quien quiera: hombres y mujeres, mujeres con mujeres, hombres con hombres. Yo, por último, ya no me meto. Cada persona es dueña de su calzón o su portañuela. Allá ellos. Que las explicaciones se las den al todopoderoso de allá arriba, a mí con tal de que no me toque ver funciones en vivo, me tiene sin cuidado. Será porque tengo cinco hijas mujeres que Dios guarde que yo diga algo, me caen encima. No les gusta ni que les diga maricas a los maricas... Resulta que ahora son gays, socios, qué se yo.

E. S.: Don José...

J. A.: Ya, perdone, es que creo que es bueno que usted oiga lo que piensa alguien como yo, un ciudadano común y corriente. La cosa es que cuando explotó el volcán, después de esos días de oscuridad, usted sabe cómo nos quedamos los hombres: acabados, pasivos. A ustedes nadie se les opuso. Ganaron la Presidencia y la mayoría en la Asamblea con los votos de las mujeres. Nosotros no teníamos ánimo para nada. Éramos como electrodomésticos que alguien desenchufó. ¡Lo recuerdo tan bien! La extrañeza que nos entró a todos y que nos dejó fuera de combate; sumisos, sedita. ¡Santo Dios, Santo Fuerte! ¡Qué días esos! Usted hubiera visto cómo se reían mis vecinas cuando me vieron pasar empujando mi carrito de raspados camino a la manifestación en la que celebraron su victoria; yo caminando como esos perros, con la cola entre las piernas. En esos días parecía que los hombres ya nunca levantaríamos cabeza. Pero claro que el colmo fue —y no se me impaciente— cuando la Presidenta decretó que todo su gabinete, incluyendo la jefatura del ejército y la policía, estaría integrado solo por mujeres; que en su gobierno no quedaría ningún hombre, ni siquiera un chofer, ni un vigilante, ni un soldado. ¿Se acuerda usted? Dijo que las mujeres necesitaban gobernar solas un tiempo, y que, mientras tanto, los hombres se dedicaran a reponer fuerzas cuidando a sus hijos y atendiendo solamente responsabilidades familiares. Así se repondrían del tóxico del volcán, la falta de la hormona esa. ¿Cómo es que se llama?

E. S.: La testosterona, don José, el humo del volcán les redujo los niveles de testosterona; así se llama la hormona.

J. A.: Ni pronunciarla puedo. Terrona le dicen en mi barrio. Pero la cosa, como usted sabe, es que apartaron a ese poco de hombres sin asco. A mí ese extremismo no me pareció nada conveniente. Por lo menos cuando la mayoría de los ministros y gente importante del gobierno eran hombres, siempre quedaban las secretarias, las contadoras, las que se encargaban de la limpieza... Ahora ni para eso nos iban a ocupar a nosotros. Y yo para mis adentros pensé que los choferes, por lo menos, debían quedarse. Si se arruinaba un carro, se les ponchaba una llanta, mentira que ustedes, las mujeres, iban a poder hacer lo que un hombre. Hay cosas que cada cual hace mejor. Sobre eso no hay vuelta que darle. Yo no me voy a poner a discutir sobre la miel de los raspados con mi mujer. Ella es la que sabe escoger las mejores piñas, cuánta azúcar echarle a la leche, cuánto cocerla para que no le quede muy espesa.

E. S.: Pues para que sepa, don José, que los mejores cocineros del mundo son hombres... Y además recuerde que esa medida es temporal...

J. A.: Pero ya ve cuánto resentimiento agarraron algunos... Seguro quien le disparó a la Presidenta fue un resentido...

E. S.: Puede ser. Eso es lo que quisiéramos saber. Acláreme una curiosidad que tengo: ¿cómo es que usted se llama José de la Aritmética?

J. A.: Mi mamá era analfabeta. Me quiso poner nombre de santo, del que enterró a Jesús.

E. S.: ¿José de Arimatea?

J. A.: A lo mejor. Pero ella decidió que era de la Arit-

mética. Pensó que sonaba a nombre de persona inteligente.

E. S.: Y déjeme que le pregunte: ¿usted vio al hombre que disparó?

J. A.: Verlo, verlo, no lo vi. Yo estaba cuidando mi carrito porque en esos molotes, como usted bien debe saber, siempre andan los amigos de lo ajeno, y además, los fuegos artificiales me dan ardor en los ojos. Y es de esas cosas que ve uno una vez y ya las vio todas, ¿me entiende? No me parecen la gran cosa. Así que yo avancé para bordear la tarima y regresarme a mi casa antes de que saliera toda la gente en estampida y, bueno, quería pasar más cerca de la Presidenta y fue entonces cuando la vi parada, como congelada. Y luego hizo ese movimiento extraño que hacen los baleados, se le sacudió el cuerpo. Entonces yo ni lo pensé, fíjese. Para mí era claro que le habían dado. Me encaramé sobre la tapa del carretón, salté a la tarima y justo llegaba yo cuando ella venía cayendo. Me quedó viendo, asustada. Hasta me pongo erizo cuando me acuerdo.

E. S.: ¿De dónde cree que salió el tiro?

J. A.: Frente a ella. Fue alguien que estaba frente a ella, más allá de la barrera policial.

E. S.: ¿Lo vio? ¿Podría describirlo?

J. A.: Yo me volteé a mirar a la gente, ya cuando estaba con la Presidenta, a ver si veía quién había sido. Vi a alguien perderse entre la gente y llevaba una visera, una gorra, algo oscuro, azul, creo, sobre la cabeza...

E. S.: ¿Un hombre?

J. A.: Pues creo que sí. Pero fue todo muy rápido, una

confusión de padre y señor mío, ni me crea lo que le digo, puede que esté equivocado, perfectamente posible sería, pero ahorita que me está insistiendo, creo que sí, que vi eso. Si me acuerdo de algo más, le aviso.

E. S.: ¿Y oyó una detonación?

J. A.: (*Silencio.*) Mire, ahora que lo dice, se oían los cohetes, pero balazo no se oyó. Raro, ¿no? Y perdone que le pregunte: ¿Qué se sabe de la Presidenta?

E. S.: Está en el hospital. Daremos a conocer cualquier noticia. Quería encomendarle algo, don José. Como usted anda por todas partes y habla con mucha gente, ¿sería mucho pedirle que de vez en cuando viniera por aquí a contarnos lo que oye? Es posible que haya algo más detrás de esto, ¿me entiende? Pero, además, como usted dice, es importante oír a ciudadanos como usted. Le voy a dar esta tarjeta. Llame a este teléfono. Si yo no estoy, pregunte por la capitana Marina García. Ella le atenderá. ¿De acuerdo?